

UNA DE LAS ESPAÑAS

Venezuela

—De Revista de las Españas. Madrid—



TRAIGO, hace ocho meses, a Venezuela sobre el labio. Colmado de casticismo, bajo aquellos palmares, me empecé un bigote español en la faz vizcaína. Revestimos, si os place, a una de las Españas más española, a la España trasmarina que me ganó a la causa capilar de los grandes Felipes.

El trasatlántico es uno de los hoteles de Madrid disparado sobre las aguas. Por las alturas antillanas, hay un pasaje en el jardín oceánico que brinca como reloj que salta en piezas, en peces voladores. Tal una orgía de resortes. Aparece Cuba, la isla ardorosa, bajo la gran nevada de la nieve tropical de su cal y sus driles. Es el pórtico de Venezuela.

Entre los báculos de unas palmeras, en las montañas obispales, el primer caserío del país viejo y originario, el puerto de la Guaira. Sobre los ribazos, un friso de niños desnudos de enjuta canela. Es, en menudo, el Cádiz de los antipodas. Empieza a mostrarnos su alarde civilizado, de nación joven la carretera, con suavidades deliciosas de asfalto. Pero, ¿qué es esto? ¿A qué viejos amigos reconocemos al paso? Topamos con el afilador hispano, con su rueda única, como la raza española. Damos con los limpiabotas, que piruetean con el cepillo en la mano entre dos charoladuras. Hallamos, finalmente, a las mulas en los carros de casta que enhiestan sus orejas a la explosión de los dicterios de Castilla. Huellan las veredas con su trote las asnillas del Puente de Toledo. No hay corona, no hay corona en el cielo. Pero los suelos han quedado llenos de hermandades entrañables.

Al pie de unos Pirineos tropicales, la recogida, típica y añeja ciudad de Caracas vocinglea el coro de ocas de sus autos. Por los edificios de la capital late un mismo corazón arquitectónico. Caracas, cuna de novedades, presenta un primer semblante tradicional y reposado. Toda Caracas está dicha en octosilabos de cal que riman portones y rejas. Las sobrepuestas de los espaciosos umbrales se adornan con relieves del xviii monárquico; entre ellos, algunos blasones. Dentro, los patios se hundan tan hondo en la tradición mediterránea que desbordando la filiación andaluza, se entroncan con los interiores pompeyanos. Trasiéga, por entre sus columnas, el ébano sirviente de la casa. No obstante las mezclillas de las revoluciones, la raza dominadora es la blanca de la Corona, con vivos resabios en secreto de su hidalguía. En el senado de los teatros, en los cónclaves de las reuniones mundanas, apenas se dibujan otros perfiles que los de España. Mas bastantes de la bandada tradicional, aposados en Venezuela desde la popa de las carabelas, no han podido sostener el vuelo dominante, cayendo en pobreza. Mantienen algo, que es valioso en las regiones del aire, y es el rango. Existe en Caracas, la republicana, una moral de consideración hacia el origen. Doncellas y señoras de hogares elegidos cosen para fuera y condimentan dulces con miras de provecho. En parte, la riqueza, el poder, se trasladó al mundo de la piel café con leche. La ética social, a pesar de ello, reserva los mejores salones para la familia blanca. En este sentido, una de las tantas frases geniales del General Presidente, Excmo. Sr. D. Juan Vicente Gómez, ilumina la realidad venezolana: «De mi color para arriba—decía el gran Jefe, rascándose con el índice la mejilla—, ya nadie trabaja. En cuanto a los rubios, esos son todos millonarios.» Así se expresarían los hispanorromanos entre los visigodos. La escala de valores mundanos sube, pues, en Venezuela, según una gama cutánea que va del ébano al alabastro.

En las mansiones palaciegas de los un día marqueses caraqueños de la Monarquía, resoplan actualmente los rotativos de la prensa. Son los hipopótamos de la demo-

cracia. Donde se pellizcaban las cajas de rapé y se inclinaban con ceremonia las pelucas blancas, unos excelentes muchachos, en mangas de camisa, componen a diario las galeradas republicanas. Desde los baluartes de la tradición del antiguo Imperio se aventan cada noche, para asomar al sol cada mañana, el credo ilustrado de la nivelación humana. Ya salen los diarios con los primeros parpadeos solares. La misión liberal y democrática se esparce hacia los cuatro puntos cardinales en las alas blancas de los periódicos. Pero a la luz del mismo sol, en tanto que asoman los diarios, realizan su aparición las primeras organizaciones españolas de la conquista. Hacen acorde al vocear de los periódicos los tintineos de las cantimploras de los lecheros. Los lecheros cabalgan la ciudad con la leche a caballo, de igual suerte que los panaderos, quienes van con el pan en las cabalgaduras de los conquistadores. Así los vería transitar, sin duda, el fundador de Santiago de León de Caracas, D. Diego de Losada. Sobre los trajes blancos elevan, panaderos y lecheros, el sombrero negro, rigurosamente de días de la Casa de Austria. Y sobre la ciudad revolucionaria entera aun sigue el Ayuntamiento luciendo por emblema la espadilla púrpura de Santiago, igual que el tórax de un caballero cruzado.

El embrión de Venezuela fué engendrado por el Mediodía de España. La fundación se llamó la Nueva Andalucía. Con tal rótulo se saluda el desembarco en este suelo del primer español, D. Alonso de Ojeda, el año de 1499. Por los pilotes de la edificación lacustre de los indios bautizóle el explorador, sensible a la semejanza veneciana, con el nombre de Venezuela, la pequeña Venecia. Desde entonces esta bonita palabra, que despierta el recuerdo de las góndolas y conduce al Dux rojo, a orillas del Mar Caribe, designa al país, compuesto por una cordillera al Norte, fresca, con remansos violetas y eminencias habitables para la raza blanca, desde las que se otea un océano deslumbrante, en parques de dulces sombras. A las plantas del relieve se abre la sábana de una llanura sin orillas. Avanzando en ella, los blancos nos asfixiamos, como el pez fuera de su elemento. Cabalgan y cantan en esas pampas venezolanas los llaneros. Con sus jineteos enriquecen el Romancero universal de Hispania.

Las agujas del tiempo están detenidas en los pueblos de Venezuela. Bracean aún

en el cuadrante hispano. Bajo las torres provincianas, las charangas esparcen, en los paseos, nuestros taurinos compases. Es la música de la casta. En la música, Venezuela hace la cincuentaava provincia de las cuarenta y nueve que tiene España. Circulan los gentíos en filas que se friccionan con las miradas. Un toro ensogado se corre por las calles en las tardes ferriadas. Consuman proezas los mozos con una chaqueta ante las astas. Los brazos de Felipe II, alargados verticalmente en las rejas de las ventanas, apartan hacia el interior a las floridas doncellas. Los ojos se les quedan colgados de los adolescentes. Un abrumador cielo teológico pesa sobre la carne. A pesar de las estampas y los artículos emancipados de la prensa de la capital, hay, bajo las tejas abarquilladas de las mansiones, una plúmbea resistencia a las amenidades. Detrás de ningún alféizar del mundo he vivido una tristeza más española que la de Venezuela. Cada hogar es roquero. Las emancipaciones no han prendido sino en vegetaciones de papel impreso. Las cosas materiales son incómodas, rudas. Un Séneca viejo y enfurruñado parece haber mezclado sus huesos con la cal de las habitaciones. Ventaneando fuera de la casa austera y senequista, parece que, a dos dedos de todos aquellos hogares de provincia venezolanos, se ensalza El Escorial, despótico y ceñudo para las sonrisas del sentido. ¡Voces, voces, resonancias de asamblea han levantado los ilustres varones solos, en los cónclaves revolucionarios de América! En verdad, por debajo de esas meras resonancias, siguen formando un bloque compacto las aglomeraciones hispánicas en el mundo, en cuanto hay mujeres y niños. Poned una mujer y un niño entre los descomunales libertarios de las asambleas emancipadas de América y, repentinamente, el senado doctrinal se reincorpora a la emoción tradicional de la vida de España. Es que en el aire familiar de Venezuela perduran los rigores de dominicos y jesuitas. El bando amante del vestuario y el mobiliario contemporáneo abre, con frecuencia, esta puerta de cuarterones del siglo xvii español, que clausura el vivir recogido de Venezuela. Se fugan hacia las amenidades extranjeras. Soportan la larga estancia en su Patria como ánimas del purgatorio, elevando los ojos al celeste París, al que se asciende por el escapulario de unos cheques.

¿Hay alguien que no sepa cuál es la producción de Venezuela? Otros os dirán que es la del cacao. Habrá quien os asegure que actualmente es la del petróleo. Permitid que os caracterice la producción de Venezuela como la de grandes hombres. A raíz del último resplandor de la cultura de los reyes en América, enzalzó este país una alta llamada universalista. Fué cuna de Bolívar, de Sucre, de Andrés Bello. En su nacimiento, Venezuela es el cañón y el pulpito de América.

Nada se improvisa en el mundo. Menos que todo, la primacía de un pueblo. ¿Qué preparó, durante el siglo xviii, la fulguración de Venezuela sobre el Continente a principios del siglo xix? La regeneración borbónica, que va de Don Felipe V a Don Carlos III. Eso originó la primacía de Venezuela en la emancipación de América. Visitemos, muy de prisa, con piernas de galgo, los dos estilos tradicionales de la Monarquía universal hispana.

Simbolizan ambos estilos el Ave y la Planta. La primera, de los Austrias, el Ave; la segunda, de los Borbones, la Planta. Con el Ave imperó la moral de la busca de oro, de las hazañas y la comezón andariega de los rebaños. Venezuela, en días del Ave, fué provincia oscura, desapercibida. Con la Planta arraiga el ensayo de la moral agricultora, la moral mercante. Sustituye el Lirio al Azor en los frontispicios de todas